

Sobre la importancia de re escribir poesía

EKIWAH ADLER BELÉNDEZ

Cuando escribí el primer bosquejo del poema “Pacté por mi silla de ruedas: Sueño de una vida anterior”, la primera versión decía:

En mi vida anterior
bailé tan fuerte y rápido
que Dios me dijo —“la próxima vez
te daré una silla de ruedas. Así aprenderás
a ver, a escuchar y a quedarte quieto.
Aprenderás la paciencia”.

Mi maestro de poesía me interrumpió preguntándome “¿Y desde cuándo bailar demasiado es una razón legítima para el castigo espiritual?”.

No tienes cara de castigado. No hay suficiente remordimiento en ti para eso. Piensa en otra cosa. Revisión significa volver a ver la visión de un poema de nuevo.

Re escribir ese poema produjo en mí un *Big Bang*. Una gran explosión que todavía está sucediendo. La aventura de poder decir: “Yo pacté por mi silla de ruedas” y el reto de estar a la altura del pacto.

De esa explosión, llegó esta vida, este libro, un libro, que como mi vida, todavía está escribiéndose. Afortunadamente nueve años después, está lejos de concluirse, lejos de ser definitiva.

Pactamos
por nuestras sillas de ruedas.



Mientras haya hombres y mujeres con discapacidad que sean vistos o se vean a sí mismos como niños eternos, incapaces de tener una vida sexual activa, una familia propia o un trabajo lucrativo, estos poemas altamente personales, no hablarán solo de mí.

A pesar de que tuve una educación maravillosa de parte de mi madre y mi padre que entre otras cosas impulsó mi imaginación, durante muchos años mi obstáculo principal fue tenerme lástima y me doy cuenta que eso me ha paralizado mucho más de lo que mi silla de ruedas me detiene.

Conozco a otros que no han tenido tanta suerte. Sus discapacidades los han convertido en chivos expiatorios para la violencia verbal y física, incluso para el abandono.

Luchamos por la accesibilidad física. Una que en México apenas comienza a existir. Pero la accesibilidad no solo debe ocuparse del acceso físico a los edificios. También debe promover el acceso imaginativo a la exuberancia espiritual (la cual no necesita de rampas o complementos especiales para dejarnos entrar).

Caminar con otro cuerpo

I

En una pista ocre de cemento
Del color del pasto en la sequía
El mismo ejercicio repetía:
En mi andadera rígida y lenta.

Mi pierna en una prótesis recta
La otra lánguida y titubeante
Pata de palo, pirata andante
Paso exiliado de mi propia secta.

Esperé ese milagro en vano
En la misma trama, tramo de tierra
Caminar igual que otros humanos.

Ahora mi hijo de tres años marca mi paso
¡Mi silla de ruedas gira conmigo en el abrazo
De este nuevo caminar tan extraño!

Antes de hablar nuestro hijo es liebre
 Al brinco de los Chinelos en fiesta
 Su canto es la sonora orquesta
 Su primera lengua el baile alegre.

Caen héroes desde una caja:
 Juguetes que en la batalla se alocan
 Alegría de las cosas que chocan
 Secreto que es vida y mortaja.

Llega épico Batman entre balas
 Y de pronto escuchamos su llanto:
 Nuestro hijo con la capa se resbala.

Nuestro hijo grita. ¡Caminar es caer!
 Acunado en brazos de su madre
 El llanto en sueños se vuelve risa.

Detrás del vestido de mi amada
 Una palabra comparte su anhelo
 Un cuervo oculto en su cabello
 Cuenta un escándalo en la almohada

Cada vez más ágiles en la carrera
 Desbocada de caricias y abrazos
 Esta forma de caminar tan certera
 Excede la velocidad de los pasos.

Esto es caminar: Estar erecto.
El caminar vertical puede ser débil
La vida no es una marcha militar y estéril
Horizontal es mi andar predilecto.

No solo caminan de pie los andantes
Este caminar: tránsito de amantes.